

—«La madre, doña Teresa Carrasco, ¡una gran dama! Los otros son los parientes, los que viven en la Plaza de Santa María. Todos son Muñozes, gente alta, de mucho lustre y posibles...»

Entre comentarios, pasan los señores, sonriendo y hablando a los que les hablan.

Los niños juegan al toro; las niñas, en rueda, cantan. Arrapiezos campesinos alternan con los de casta. Todo es sencillo y alegre, sin descaros ni distancias: juntos condes y gañanes —¡vieja y señoril usanza!—, en abrazo luminoso de pueblo y aristocracia.

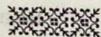
Bajo el sol, que casi quema, como polícroma estampa, palpita la romería sobre la verde llanada. Triunfa mayo con sus flores; huele a tomillo y retama; murmura el regato limpio, al fondo de la barranca; junto a la fuente que sueña, jilgueros y alondras cantan...

El pueblo come en el campo: los señores, en la casa. Y las horas van corriendo entre canciones y danzas,

comentarios, risas, copas, alegría y algazara...

Cuando la tarde declina, la ruidosa caravana —panderetas en los carros, trote corto de las jacas, cascabeles en los coches— de nuevo se pone en marcha. Por las veredas se pierde la mocedad aldeana... Tras la Sierra de San Pedro el sol sus rosas apaga, mientras en la quieta paz de la carretera blanca queda flotando una estela de coplas y risas claras...

Al iniciarse el desfile por el Paseo de Cánovas, un muchacho grita: «¡Madre, ya vienen de Santa Olalla!» Cáceres, bajo luceros, vibra, entre olor de albahaca, cuando en la noche serena cruza sus calles y plazas el cortejo trepidante de coches, carros y jacas. La ciudad—prócer, pequeña, candorosa y provinciana— se conmueve estremecida, y por torres y murallas y palacios y casucas, como eco, que se agiganta, de centinela que espera, una voz en cada casa repite en la noche azul: ¡«¡Ya vienen de Santa Olalla!!»



ACCION GUADALUPENSE

Guadalupe, en el sentimiento de Unamuno

Podría hacerse una especie de psicología de España sin más que estudiar el origen y la vida de sus Santuarios.

En tiempos de los Austrias fué Guadalupe en la sierra de Cáceres, el Santuario Nacional; desde los Borbones lo es el Pilar de Zaragoza.

(MIGUEL DE UNAMUNO)

PARA los que tratamos de hacer la apología del símbolo más representativo de la Tierra Extremeña es interesante escudriñar la apreciación y el sentimiento de aquellos que aunque distantes de nuestro criterio y nuestro modo de ver en el juicio de la Vida, coinciden sin embargo en la estimación de determinados sucesos históricos y en la valoración que su simbolismo entraña.

Si es verdad que podría hacerse una especie de psicología de España sin más que estudiar el origen y la vida de sus Santuarios, indudablemente podremos levantar sobre el origen y vida del Santuario de Guadalupe la psicología hispánica de aquella época guadalupense. Epoca de crecimiento, de maduración progresiva hacia una cima de plenitud que se imbrica en el periodo de los Austrias, pero que en manera alguna está signado originariamente por una matización distinta y extraña a la genuinamente nacional consolidada en la Batalla del Salado y hecha arquitectura política en el feliz Reinado de los Reyes Católicos, los asiduos visitantes de Guadalupe y fervientes devotos de la Virgen Negra a cuyo Santuario hicieron prodigios obsequios.

La psicología hispánica de la época guadalupense es un estado de ánimo afirmativo, de conquista victoriosa en el camino de la restauración de la Unidad perdida en la invasión islámica, Psicología de genuina Hispanidad y de Imperio, es decir, de integración y proyección de nuestra personalidad nacional. El sentido de progresión española hasta la coronación de la plenitud imperial hispánica, es lo que matiza y da carácter a la época que hace de Guadalupe el Gran Santuario Nacional, Santuario de aquella íntima y permanente Alma Española que llegó a revelación y eflorescencia en el Siglo XVI, con aquellas cualidades que habrán de darnos a los Españoles significación y valor históricos universales en el mundo.

Dice Unamuno que si en algún espíritu individual se nos manifiesta y revela típica y representativamente el Alma Colectiva de un Pueblo, es sin duda en el de alguno de sus Santos, porque la Santidad que es lo más divino en el hombre, es también lo más humano en él; la santidad es el supremo triunfo de la humanidad en el espíritu humano. Así San Pedro de Alcántara, así Teresa de Jesús, así San Ignacio de Loyola.

Pero estamos en Extremadura, la tierra de las dehesas, de los vastos encinares, de las majadas y de los rodeos, la tierra bravía y

recia que nutrió con sus hijos las filas de aquellos legendarios aventureros pue desde el fondo de estas sierras y estos campos, sin haber visto nunca el Mar se lanzaron a él en afanosa empresa de gloria y aquí es la figura de San Pedro de Alcántara la que nos da la dimensión del Alma de la Raza entrañada en el Santuario de Guadalupe. También él va allí, también él se siente atraído por el imán de la devoción guadalupana que es nerviación de aquella España del Siglo XVI; esta España que ha tenido un proceso de nacionalidad mucho más homogéneo de lo que se cree y en la que siempre habrá que distinguir, como hace mucho tiempo dijimos, *elementos constitutivos naturales*, que son los elementos específicos de su nacionalidad; de aquellos otros *elementos adicionales* o de aportación secundaria que podrán contribuir a enriquecer el cuadro de nuestra universalidad hispánica, pero que no son esenciales para la *existencia* de la Hispanidad.

Penetrar en el Alma de la España del Siglo XVI, *la España que tuvo por Santuario Nacional a Guadalupe*, es penetrar en el alma de la España de todos los tiempos y lugares: de la España Eterna. De aquí que el signo de Extremadura, el signo de Guadalupe se superponga e identifique con el signo de la España Eterna cuyo origen bimilenario *nos hace situar en la clave de una Romanidad Cristiana* esa verdadera continuidad espiritual íntima que da valor y consistencia al Alma de España, al Alma de Extremadura cuya cifra es Guadalupe.

La psicología de la España Eterna está rejlejada allí como en un gran espejo que reproduce fielmente la figura ejemplar, pero también está reflejada la imagen de Extremadura, porque es precisamente en el aspecto religioso—y son palabras de Unamuno—donde hay que ir a buscar lo más típico y radical de un Pueblo, de este Pueblo que él supo indudablemente comprender en su dimensión aquilina en el Santuario de Guadalupe y despreciar en su bajeza, en el casino de Trujillo.

Sin embargo, estamos haciendo la apología del espíritu encerrado en el Real Monasterio de las Villuercas, que no tiene nada que ver con la mezquindad del diario vivir de cualquier lugar de Extremadura. Entiéndase España. Y porque se trata de una meditación psicológica, de obras del espíritu, por aquello del Evangelio de que «por los frutos conoceréis el árbol»; a estos frutos hemos de mirar: a las obras del espíritu, no a las mezquindades de la carne. Y entre estas obras, impregnada de religiosidad y de emoción estética, la que para Unamuno ella sola merece las penalidades del viaje, la que ha de hacer de Guadalupe lugar de peregrinación de las amantes del arte, es la soberbia colección de cuadros de Zurbarán que en su Sacristía guarda. Hay que ir allí para conocer a nuestro pintor extremeño—exclama—. (Diez grandes cuadros, de más de cuatro varas de alto por tres de ancho algunos, unos algo menores, y varias tablas pequeñas. Las ocho que cubren las paredes del cuerpo de la Sacristía representan a personajes de la Orden).

¡Qué figura la de aquel venerable Padre Andrés de Salmerón, de



Imagen de la Virgen de Guadalupe, con destino al Santuario del Tepeyac (Méjico), ante la Cruz de los Caídos, de Cáceres



La Imagen, a hombros de ex-combatientes, inicia la marcha

rodillas, con las manos juntas mientras Cristo le pone una mano sobre la cabeza! «Allí llega al colmo la genuina sobriedad de la pintura clásica española». Y el Enrique III que pone el capelo arzobispal al venerable Padre Fernando Yáñez de Figueroa, aquella figura trazada con el mínimo de líneas y de colores, nada tiene que envidiar a las figuras de Velázquez. Encima del altar de la Sacristía se ve la llamada Perla de Zurbarán, un San Jerónimo que, llevando nuestra mirada tras de la suya nos abre perspectivas celestiales».

He aquí cómo por la estética también penetramos en el Alma de Guadalupe, alma ascensional abierta a perspectivas celestiales por la senda mostrada en la figura ejemplar de San Jerónimo, el dálmata magnífico traductor de la Biblia en su versión de la Vulgata y debelador de los Pelasgianos, a cuyo lado lidió en camaradería entrañable y substancial el español Orosio, Paulo Orosio. ¿No os dice nada este nombre? ¿No véis en él al epilógador de la obra de San Agustín? ¿Al autor de la Mesta Mundi? Paulo Orosio fué el introductor del espíritu de San Jerónimo en España: espíritu de estudio, de apartamiento del mundanal ruido, de la intencionalidad divulgadora plasmada en su magna obra.

Hemos defendido la hipótesis de que el *jeronimismo* como expresión del quehacer y el estilo antedicho, hubo de ser regla en los monjes de la Lusitania, cuna discutida de Paulo Orosio. Una lógica medianamente deductiva nos lo hace comprender así ¿o es que la postura ejemplar y trascendente de San Jerónimo no iba a tener en su compañero de afanes fecundidad alguna? A fines del Medievo la emergencia de la Orden de los Jerónimos no supone en definitiva más que una reviviscencia de la semilla sembrada hacía casi diez centurias en España y particularmente en Tierras de la Lusitania, por el sentido aceradamente inteligente y discriminatorio de Paulo Orosio.

Pero volvamos al tema estético de la pintura de Zurbarán, ya que según expresión de Unamuno «Allí llega al colmo la genuina sobriedad de la pintura clásica española». Figuras trazadas con el mínimo de líneas y de colorido, figuras que nada tienen que envidiar a las de Velázquez. En este museo pictórico que es la Sacristía de Guadalupe es donde puede llegar a ser estudiado y conocido el gran pintor extremeño. He aquí una sugerencia brindada a los que en esta tierra extremeña sienten en la cromática de sus paletas y en el trazo de sus pinceles el impulso de la emoción creadora del arte. ¡Id allí pintores extremeños! Mojad en la fuente de la tradición vuestros pinceles y recrearos en la ilusión gloriosa de *la que debe ser Escuela de la mejor pintura extremeña*.

Pero porque las cosas hacen la Patria tanto o más que los hombres, porque el Paisaje es moldura del Alma aún siendo hermoso lo que el arte en Guadalupe nos ofrece, es para Unamuno aún más hermoso ese *paisaje guadalupense* contemplado desde el alto de Mirabel, tendido al pie de la Cruz del Humilladero con las líneas de las sierras de los Montes de Toledo, como series de bambalinas de un diurno teatro, y a un lado la llanada de Cáceres encendida por el Sol, afluyendo de todas partes paz de vida, entonando el corazón aque-

llas vastas verdes soledades tendidas al pie de la Sierra, en cuyos repliegues frondosa y varia vegetación constituída por nogales, álamos, alcornoques, robles, quejigos, encinas, fresnos, almendros, alisos junto al regato armonizan su fragancia con el olor de perfumadas matas, mientras en lo alto trazan lentas espirales las Águilas.

Entre las dos riberas del Guadiana y Tajo, dice Fray José de Si-güenza, ríos conocidos en España celebrados de los antiguos escritores naturales y extranjeros, se hacen unas montañas fragosas, inhabitables en muchas partes por su aspereza, en otras de mucha frescura y regalo, muchos valles que descienden al profundo, sierras que suben al cielo, llamadas de los comarcanos Villuercas.

De la una parte y de la otra apacientan los ganados los Pastores Extremeños, cuando en medio del estío quedan abrasadas las dehesas, así por parte del Norte, que mira al Tajo, como por la del Mediodía, que riega el Guadiana».

He aquí el eje de Extremadura, la columna vertebral de una Región abrasada en los estíos y cuya médula viviente se recoge en los valles que descienden al profundo, encarnada en *la espora* de esos Pastores Extremeños que por los siglos apacientan los ganados en las umbrías acogedoras donde aún late la Vida sostenida por *la vena de agua*, porque donde hay agua el paisaje está vivo: el Paisaje y el Hombre, aclaremos. Y donde hay Hombre hay Conciencia, añadamos, porque el Hombre es la Conciencia del Paisaje: Reflexión de sí.

Pastores Extremeños... El que no conozca algo de estas gentes apáticas al parecer, violentas y apasionadas en el fondo, mal puede explicarse la Epopeya Hispánica, que por ser Extremeña es *Epopeya Guadalupana*. Y es un Pastor Extremeño, Carne y alma de la Raza el que recibe el Mensaje de Guadalupe junto al Río de la Loba, figura pareja de la nodriza de Rómulo y Remo.

¿Y qué Mensaje es éste? Es un Mensaje de Tradición simbolizado en la Imagen Vernácula, soterrada ante la invasión de la morisma y reaparecida y redescubierta como la Patria bajo el noble afán de una empresa de liberación, de liberación del solar roto en su unidad política, pero sobre todo roto en *su unidad religiosa*. En esa Unidad Religiosa por la que un Pueblo adquiere conciencia de su fuerza unánime. Y es la Vernácula Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, preciado obsequio de San Gregorio a San Leandro, la Imagen traída desde Roma por San Isidoro, la que en definitiva preside la fusión hispano gótica, la reaparecida a aquel Pastor Extremeño, Gil Cordero, la que ha de alumbrar con luz cenital el áureo periodo de nuestra Historia. El Mensaje de la Tradición no captado ni intuido por los Sabios, es revelado al hombre sencillo, al ingenuo e inculto Pastor que pleno de fe sabe aún signar la iniciación de su humilde quehacer con la seña de la Cruz estampada sobre el cuero de la res muerta. La aparición de María presente en la Historia de la Hispanidad, queda refrendada con el recuerdo material y sensible de la Vieja Imagen tallada por San Lucas. ¡Sí! Tallada por San Lucas pese a esa carcoma de la fenomenología histórica que son los eruditos, como aquel Fray Esteban Ginés Ovejero, cuyo empeño analítico y pe-

dantesco pretendía destruir la fuerza poética de una Leyenda amasada por Siglos. ¡No, bendito Fray Ginés! A los Pueblos no les mueven más que los Poetas, los Creadores de Leyendas y de Mitos: Fuerza viva de la Historia. Sin la *Iliada*, sin la *Odisea*, sin la *Eneida*, ¿dónde estarían Grecia y Roma? La Historia de un Pueblo es un entretrejo de hipótesis y de sucesos, y desgraciado el Pueblo que no tiene como hipótesis de trabajo y de tradición una Divina Leyenda.

Nosotros vemos en nuestra Imagen de Guadalupe una Tradición Bimilenaria, así la veneramos y así la comprendemos: hecha por San Lucas Evangelista, y remozada en las aguas del Tíber, traída por San Isidoro y presente en las encrucijadas evolutivas de nuestra Nacionalidad. Vencedora en el Salado y Adelantada en la Empresa de América. Son ciertas las palabras de Unamuno de que «visitando Guadalupe, sentí toda la íntima fuerza de aquel anhelo que lanzó a la recién descubierta América a tantos aventureros extremeños que iban antes de entregarse al Mar, a Guadalupe a *despedir a la Patria encarnada en aquella Virgen negra*». Sí, todo el simbolismo de una continuidad, de una Tradición multiseccular se hace concreción en la Virgen Negra, en la que la Patria encarna con el espíritu que la anima a través de dos milenios, con espíritu de Catolicidad. Sí, allí iban a despedir a la Patria con todo lo que ésta tiene de canción de cuna, de horas alegres y tristes, de vivencia racional y sentimental dejada en nosotros con el peso de los recuerdos.

¿Cuál sería toda la íntima fuerza capaz de hacer vencer ese dulce lastre que nos ancla y encadena a la heredad nativa, que nos ata a los nuestros con fortísimo lazo?

¿Cuál sería esa fuerza que los lanzaba a entregarse al mar, en gesto formidablemente valeroso para adentrarse en las sombras de lo ignoto?

¿Cuál sería?

Era la fuerza de un Destino Providencial ligado a nuestra vernácula devoción, a la gran devoción hispánica de Guadalupe, la devoción fervorosa de Isabel la Católica, del Gran Capitán, de Hernán Cortés, de todos aquellos aventureros extremeños que, en frase de Unamuno, iban antes de entregarse al Mar, a Guadalupe a despedir a la Patria encarnada en aquella Virgen Negra.

Esfuerzo titánico de héroes, días de peripecia e incertidumbre, luchas, intriga, ambición. Enfermedad y muerte. Conquista de El Dorado, Misión Evangelizadora, Procreación y Vida, Verbo Triunfante. Entonces jugamos nuestra carta con ímpetu de hombres. Ahí está el resultado desde el Misisipi a la Tierra del Fuego. Somos una fuerza histórica, biológica y humana irreductible, el futuro de un Mundo fué preñado por nosotros y hoy nuestra carcajada de burla e ironía golpea con martilleo hiriente en los oídos de los cultivadores de la Leyenda Negra y de sus pazguatos corifeos.

Aquellos aventureros extremeños... ¡Buena os la hicieron, amigos de la O. N. U.! Contad, contad los votos de veintitrés países con democrático criterio y apostar a cara o Cruz el Destino de los Estados Unidos que nosotros jugamos la carta de Hernando de Soto.

Guadalupe. «¡Con qué ojos lo mirarían aquellos esforzados extremeños que al volver de las Indias Occidentales, del Nuevo Mundo, emprendían su devota peregrinación al Santuario enriquecido con despojos de la Conquista!»

Guadalupe, Tu signo vuelve a brillar.

«En tiempos de los Austrias, fué Guadalupe en la Sierra de Cáceres, el Santuario Nacional; desde los Borbones lo es el Pilar de Zaragoza». Omitamos piadosa y patrióticamente la glosa. Quede ahí la afirmación unamunesca porque aunque incompleta es cierta. Mejor hubiera sido decir que en tiempos de los Reyes Católicos, fué Guadalupe el Santuario Nacional. En los tiempos que se echaron los cimientos del gran futuro de la Hispanidad.

El eclipse de la estrella de Guadalupe es para Extremadura y para España el eclipse de la estrella que guía su destino. Extremadura se encasina, se recluye en la atmósfera corrosiva y deletérea en la que florecerá la cicuta del juego, y al gran lema de que la Vida se hizo para quemarla en el servicio a una gran empresa; la pasión vital extremeña cercenada de horizontes universales, suplanta en su afán de azar y emoción rugiendo: ¡El Dinero se hizo para jugarlo! El juego es el terrible azote de los lugares, villas y ciudades de Extremadura. Y esta pasión del juego, es terriblemente absorbente en los extremeños por su idiosincrasia. ¿Quién puede negar que en el alma de estos jugadores, como en la de aquellos Conquistadores, no hay algo más que sed de oro, que afán de lucro? Sí; en el juego se busca salir de la monotonía lógica y rutinaria de la vida, en el juego se busca satisfacer la imaginación, la pasión de aventura, el ansia de libertad. El Extremeño que tiene en sí una dinámica expansiva, de irradiación universal, se vió constreñido, se vió aprisionado y jugó.

El juego, hijo de la pobreza de Imaginación, del achatamiento mental, del predominio de la vida fisiológica, del materialismo, de la falta de idealidad. He aquí el juicio de Unamuno y añade: no busquéis idealidad en estas tierras de jugadores!

Sin embargo, ante la mente del Catedrático de Salamanca se alza la interrogación del futuro: «¿Cambiará esta hermosa Tierra Extremeña? ¿Sabrán sus hijos sacudirse el paludismo intelectual, cien veces más dañoso que el del cuerpo, esa ciega y loca y embrutecedora pasión del juego, y elevarse a otro nivel de vida? ¿Alboreará al fin en estos espléndidos campos la verdadera Civilización que avanza sin cesar en casi todo el resto de España?»

A esta interrogación quiere dar respuesta la Acción Guadalupense, la Acción Guadalupana desenvuelta por la Asociación de Amigos de Guadalupe mediante la ACTUALIZACIÓN de los valores espirituales religiosos e históricos; encerrados entre los muros venerables del que fué Santuario Nacional de la España de los Reyes Católicos y que ha de volver a ser, si las cooperaciones obligadas y necesarias no fallan, fuente viva de la renaciente Hispanidad.

RICARDO BECERRO DE BENGOA

Santander. Agosto de 1951.

Yo sé lo que tengo...

¡No t'asomes siquiera a la puerta,
no me jimples... que sé lo que tengo,
desde el día que recién casaos
me pegó la patá aquel muleto
que me jizo de echal mucha sangre
y sentí aquel estrozo en el pecho,
y el roel d'una cosa mu jonda
que chupa mu juerti
y me tieni seco,
sin sabé como anda el ganao,
sin sabé como anda el barbecho
ni la montanera
ni el cacho de güerto...
Te crees que estoy vivo
y estoy medio muerto.

Yo no quiero que nadie s'aflija
yo no quiero ver tu sufrimiento
ni esas caras de falsa alegría
que m'animan... y que yo agradezco.
Pero esta tisis, Clementa, ¡tu sabis,
que no tié remedio!

Dejalme aquí solo, tiraos como un perro,
rumiando cosinas
de las ilusionis
que tenía aquí drento,
y de golpi vinieron p'abajo
por aquel zurrijo que me dió el muleto...

Pero quiero pedirte una cosa...
Vete y di al agüelo
que se venga pacá desegüía,
y se traiga al nieto,
¡a mi hijo que nunca he besao,
porque me da mieo
de que puea cogé algún infeto!
y lo asomi un ratino a la puerta
pa que yo lo vea jaciendo pucheros,
y le diga cosinas bonitas
pa que no s'asuste de su padre enfermo.

.....
Porque pienso, ¿no sabis Clementa?
cá vez que lo veo,
que tó esto es mentira
¡y que estoy ya güeno...!

ISIDRO MELARA BERROCAL